

## ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es dárnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 18,15-30

«<sup>15</sup>Pero le presentaban también **niños de pecho** para que los tocara.

Pero, al verlo, **los discípulos** les abroncaban.

<sup>16</sup>Pero **Jesús** los llamó a sí [a los niños] diciendo: “Dejad que **los niñitos** vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es **el reino de Dios**. <sup>17</sup>En verdad os digo: el que no reciba **el reino de Dios** como **un niñito** no entrará en él”.

<sup>18</sup>Y **un jefe** le preguntó diciendo: “**Maestro bueno**, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”.

<sup>19</sup>Pero le dijo **Jesús**: “¿Por qué me dices **bueno**? Nadie es **bueno**, sino solo el Dios único. <sup>20</sup>Conoces los mandamientos: no cometas adulterio; no mates; no robes; no levantes falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre”.

<sup>21</sup>Pero él dijo: “Todas esas cosas las he guardado desde la juventud”.

<sup>22</sup>Pero, al oírlo, **Jesús** le dijo: “Todavía una cosa te falta: vende todo cuanto tienes y repártelo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; y ven, sígueme”.

<sup>23</sup>Pero, al oír esto, se puso muy triste. Porque era muy rico.

<sup>24</sup>Pero, al ver **Jesús** que se había puesto muy triste, dijo: “Cuán difícil es para los que tienen bienes que entren en **el reino de Dios**. <sup>25</sup>Porque es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en **el reino de Dios**”.

<sup>26</sup>Pero los oyentes dijeron: “Y ¿quién puede salvarse?”.

<sup>27</sup>Pero él dijo: “Lo imposible a los hombres es posible para Dios”.

<sup>28</sup>Pero dijo **Pedro**: “He aquí que **nosotros**, dejando los propios asuntos, te hemos seguido”.

<sup>29</sup>Pero él les dijo: “En verdad os digo que nadie que haya abandonado casa o mujer o hermanos o parientes o hijos a causa **del reino de Dios** <sup>30</sup>dejará de recibir mucho más en este tiempo y en el tiempo por venir, la vida eterna”.

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (18,15-17)

- El episodio de los diez leprosos (17,12-19) interrumpía un discurso de Jesús; también el de los niños (18,15-17) interrumpe otra alocución del Maestro (18,1-14). Al incidente seguirá una interpelación a Jesús por un personaje importante (18,18), como al milagro de los leprosos seguía una pregunta de los fariseos (17,20). Mediante tales procedimientos literarios, Lucas se esfuerza por integrar los materiales que recibe y a la vez evitar la monotonía. Intenta sobre todo conferir una coherencia temática al conjunto, y lo consigue en este caso indicando las vías de acceso a Dios (18,14) y a su Reino (18,16-17).

- V. 15a: En esta puesta en escena Lucas sustituye los «niñitos» (*paidia*) de Mc 10,13 por «niños de pecho» (*brefe*): al señalar que se les «llevaba» (y no que se les «conducía») a Jesús, se imagina a niños muy pequeños. El evangelista desea que sea así, pues quiere insistir en *su total dependencia*. El verbo «tocar» es importante para Lucas y lo utiliza cuando Jesús está delante del féretro del hijo de la viuda de Naín (7,14), delante de la mujer que unge a Jesús (7,39) y también ante la hemorroísa (8,44-47). Al desear que Jesús «toque» a sus hijitos, los padres esperan que confiera a estos una fuerza espiritual o una bendición divina (en dos ocasiones, 6,19 y 8,46, Lucas ha afirmado sin pestañear que una «fuerza» espiritual había salido de Jesús para curar a los enfermos). Los padres quieren aprovechar la ocasión.
- V. 15b: Los discípulos se interponen entre ellos y Jesús, actuando como un servicio de orden o una guardia de seguridad. «Abroncan» a los padres, intentando impedirles el acceso a Jesús. ¿Se sienten escandalizados por la confusión entre religión y magia en el espíritu de esas familias? ¿Desean que Jesús sea el dueño de sus gestos benefactores? ¿Desean canalizar ellos solos la potencia divina? Se ha pensado que el término «niños de pecho» pudiera ser acaso el título que se aplicaba a un grupo de cristianos, por ejemplo, a los profetas itinerantes. Los «discípulos», representarían, según esta hipótesis, a los ministros de la Gran Iglesia, o de la comunidad mayoritaria, deseosos de mantener su autoridad o sus privilegios. Pero no parece ser este el nivel en el que se sitúa el evangelista. Para él los «niños de pecho» tienen ciertamente un valor simbólico. Al igual que los pobres de las bienaventuranzas, representan a *los destinatarios de la benevolencia divina*, a los beneficiarios del reino de Dios: en nuestro texto, como en 6,20, se dice que este Reino les pertenece. El evangelista una vez más, pero siguiendo otra metáfora, intenta hacer comprender *la inversión* que el evangelio propone y da por supuesta: un nuevo sentido para la vida, un nuevo ser en Dios.
- V. 16: Jesús en Lucas, a diferencia de Marcos, no se irrita (Lucas evita presentar la figura de un maestro que no domina sus pasiones). Jesús convoca, a los más pequeños. El verbo «convocar a sí» está bien escogido. El discurso que Jesús pronuncia no va destinado a los padres, borrados de la escena, ni a los niños, sino a los discípulos, por tanto, a los cristianos y a sus pastores en tiempos del evangelista. En Lucas Jesús hace venir a sí a los niños no para hablarles, sino *para ponerlos como ejemplo*.  
La frase de Jesús, con tres partes, se reparte de hecho en dos: las dos primeras expresan la misma exigencia de forma positiva («dejad que los niños vengan a mí») y luego negativa («y no se lo impidáis»). La tercera proporciona una justificación del doble imperativo: «porque de los tales es el reino de Dios».  
El verbo «dejar» levanta un viento de libertad que barre la coacción. «Venir a mí» es una manera personalizada de acercarse a Dios, de apartarse de una existencia egocéntrica, de adherirse a la palabra y de practicar la «conversión». La obediencia toma aquí el camino del seguimiento; la vida se comprende como una marcha; la religión, como un movimiento.  
«Impedir» recuerda la disciplina eclesiástica, el poder de no admitir, el derecho a excluir. El imperativo negativo significa: ninguna instancia humana puede ni debe regular el acceso a Cristo o a Dios. Si existe un límite para la comunidad, este no será exterior ni formal. Dependerá de Aquel que llama a cada uno; en nuestro pasaje, y por medio de una viva metáfora, dependerá del que «invita» a los niños. El evangelio proclama que el reino de Dios está destinado a los niños, al igual que a los pobres; a los que nada tienen que ofrecer y nada cuentan en la sociedad.
- V. 17: La introducción solemne «En verdad os digo» manifiesta: a) el respeto sentido por los primeros cristianos ante el contenido de la frase siguiente; y b) la independencia original de este dicho. Al invitar a los niños a acercarse a él, Jesús mostraba a su auditorio el proceder de Dios, que abre sus brazos prioritariamente a los niños de pecho, y explica qué actitud debe adoptarse para «entrar» en el Reino. Se nos dice: Dios acoge a los niños. El dicho, con su «amén», «en verdad», continúa: *hacedos niños y entraréis en el Reino* (cf. Mt 18,3). Lc 9,48 utilizaba la misma imagen del niño, pero decía una cosa diferente: *acoger a un niño es acoger a Cristo*. El que estos mensajes se encabalguen en la memoria de los cristianos es un buen signo, una prueba de que todo encaja: la actitud de Dios que acoge a los humanos (18,15-16), la actitud de los hombres que desean ser acogidos por Dios (18,17), y la actitud propuesta a estos últimos de acoger a Cristo y a su Padre (9,48). Los niños son los hijos de Dios. Los hombres tienen que redescubrir su infancia, tienen que conceder privilegios a los niños como figura del Hijo, enviado del Padre.

SEGUNDA UNIDAD (18,18-30)

- Vv. 18-19: Como de costumbre, Lucas es preciso en el empleo de los títulos y piensa aquí en un miembro del Sanedrín o en uno de los dirigentes del movimiento fariseo. Se siente orgulloso de señalar que los más grandes no dudan en consultar a Jesús, cuya reputación de maestro está bien establecida en Israel. Antes de entrar en materia, Jesús reprende a su interlocutor reprochándole un abuso de lenguaje. Jesús entiende el adjetivo «bueno» en un sentido absoluto, y tiende a reservar esta cualidad a Dios. Jesús rechaza ser un doctor como tantos otros, pues su Dios tiene necesidad en el presente de profetas entregados a la acción, y no de intérpretes que corren el riesgo de quedarse en las palabras.
- Vv. 20-22: Tras los pasos de Jesús, Lucas no duda de que sea posible la observancia de la Ley. Y esta obediencia da acceso a la vida. Todos aceptan la veracidad de la respuesta del «jefe» judío: verdaderamente ha observado con éxito la Ley desde su juventud. Sin embargo, no basta esta observancia. A ella añade algo Jesús: una exigencia suplementaria adaptada a la persona del demandante. Esta exigencia de una práctica radical exterior se manifiesta como la mejor prueba de un compromiso interior. La obediencia a la Ley -y Lucas se alegra de ello- se pone a prueba *en el terreno de la renuncia*. El mensaje es claro: para heredar la vida eterna y hacerse un tesoro en los cielos es preciso observar una práctica nueva, desprenderse de todos los bienes y seguir al profeta Jesús.
- Vv. 23-25: Jesús, cuya omnisciencia se sugiere discretamente, ha alcanzado a nuestro hombre en su talón de Aquiles. El «jefe» no esperaba una lección tan práctica. Al no presentarse como voluntario, se hunde en la tristeza. Por ello nos emociona. En el antiguo Israel el asesinato o el adulterio, el robo o el falso testimonio amenazaban la pureza moral, como lo recuerda en el v. 20 la cita del antiguo Decálogo. Jesús ha introducido una ascesis nueva, la posesión de las riquezas constituye ahora *el peligro por excelencia*, la dificultad principal («difícilmente», traducido por «difícil»). La extravagante comparación con un camello es clara: no hay acceso al reino de Dios para los ricos. La única salida es distribuir la riqueza (cf. el «repártelo entre los pobres» del episodio precedente, v. 22).
- Los vv. 26-27 parecen un retroceso respecto a esta exigencia radical. Y de hecho lo son. Pero es evidente que solo Dios está en el origen de la salvación. Los evangelios son la expresión misma de esta buena nueva y la Epístola a los romanos indica que la única salida, el único paso de la aguja, si nos atrevemos a decirlo así, está en Dios y en Jesucristo (Rm 3,20.23-24; 7,24-25). Los vv. 26-27 pertenecen a un registro distinto al de los vv. 24-25; no al de la exigencia radical, sino al registro -no menos radical- de la omnipotencia del mal, de la incapacidad humana para hacer el bien y de la única solución que se encuentra en la economía divina, en la manifestación de la justicia imputada gratuitamente, en lo que es «imposible a los hombres» pero es «posible para Dios». La tristeza del rico (vv. 23 y 24) era sin duda un guiño. Al leer el relato de la pasión, el lector encontrará a otro hombre deprimido, Pedro, afligido por haber negado a su maestro (22,62). Esta tristeza no es la última palabra de la historia. Constituye más bien una de las primeras. Como la vuelta a sí mismo del hijo pródigo (15,17), esa tristeza es el primer acto de la conversión, las lágrimas vertidas sobre un pasado irremisiblemente culpable. Y nada en nosotros y por nosotros puede restablecer este pasado, transformar en bien lo que hemos hecho mal, volver a anudar los lazos que habíamos desatado. No hay marcha atrás a través del tiempo. Como afirma el v. 27, existe lo «imposible» para los hombres. Pero el Dios de la Escritura que no quiere la muerte del pecador ha pensado en los medios de la gracia, en la marcha atrás del tiempo, en la expiación objetiva de Cristo, en el perdón subjetivo ofrecido a los hombres, en la justicia imputada.
- Vv. 28-30: La intervención de Pedro en el v. 28 tiene lugar no como una objeción, sino como una prueba concreta de que, por muy ambicioso que sea, el programa de Jesús es realizable y ha sido realizado por algunos. La exclamación del apóstol, no carente de orgullo (nótese el pronombre «nosotros»), permite a Jesús reiterar la verdad de su tesis: ha defendido su punto de vista en los vv. 22 y 24-25; lo recuerda una vez más ahora, en los vv. 29-30, en otros términos y con todo vigor. La lista de renunciencias indispensables estaba ligada entonces al estatus de «discípulo» y expresaba las condiciones de la entrada en el círculo de los fieles. Se trataba en el cap. 14 de «odiar», que era otra manera de decir «dejar», «abandonar», verbo utilizado aquí por Pedro (v. 28) y por

Jesús (v. 29). Las dos listas, fundamentalmente idénticas, varían en los detalles. Hay que señalar en 18,29 la ausencia de la propia persona que figuraba en 14,26, así como la mención -aquí, en 18,29- de la causa de todas esas renunciaciones: «por el reino de Dios», expresión ausente en 14,26.

Si 14,26 insistía en la exigencia inicial, 18,29-30 subraya con agrado la recompensa final. La sentencia proclama una situación nueva y dichosa: a partir de este momento esas pérdidas consentidas gozan de abundante recompensa. El mensaje de Jesús se distingue, pues, de una fácil promesa de felicidad en el más allá. Pedro y los que asumen compromisos semejantes a los suyos reciben en abundancia *aquí y ahora*. Lucas rehúsa enumerar esos beneficios. Su formulación abstracta, «mucho más», parece pálida frente a la lista concreta de Mc 10,30. Sea como fuere, Lucas estima, como Marcos, que la vida cristiana ofrece relaciones nuevas dentro de la familia espiritual que constituye la comunidad eclesial. Mientras que siglos de civilización cristiana han ensalzado hasta las alturas los valores de la familia, el primer siglo del cristianismo, tras los pasos de Jesús, es consciente de las rémoras y angosturas a las que pueden conducir los lazos de parentesco. Lo que el Evangelio propone, aquello a lo que conduce el compromiso del discípulo distanciado de su pasado y de sus bienes, es una nueva existencia, insertada en nuevas relaciones inesperadas. Según nuestro pasaje, *la comunidad cristiana constituye una nueva familia*. A la casa abandonada (v. 29) corresponde la o las casas reencontradas, que forman parte de ese «mucho más» (v. 30).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?